

Ruggero Levy\*

## Intimidad: lo dramático y lo bello en el encuentro y desencuentro con el otro\*\*



*Aun cuando nuestro conocimiento comienza en la experiencia, no por eso todo él se origina justamente de la experiencia*  
Immanuel Kant

### Introducción

Agradezco la invitación a este espacio privilegiado para exponer mis ideas sobre un tema tan relevante para el psicoanálisis. La Asociación Psicoanalítica Internacional (API) y su Comité de Programa no podrían haber elegido un tema más apropiado, dada su centralidad en la vida humana, en la cultura y en el psicoanálisis. En mi presentación, me centraré en el significado psicoanalítico de la experiencia de intimidad, su metapsicología, los aspectos clínicos y las defensas que se alzan contra esa intimidad, y solo mencionaré tangencialmente la cuestión cultural, también muy importante.

Mi pensamiento psicoanalítico se basa fuertemente en Freud, Klein, Bion, Meltzer y Winnicott, y soy muy agradecido a autores contemporáneos como Ferro, Ogden, Civitarese, Barros y Barros, Hartke, Aisenstein, Cassorla, Levine e Ithier, que han causado un impacto profundo en mi forma de trabajar y teorizar sobre el psicoanálisis, y que, ciertamente, estarán en el trasfondo de las ideas que presentaré aquí, aun cuando no los cite explícitamente. Me gustaría también expresar mi inmensa gratitud a mis pacientes y analistas, con quienes aprendí realmente lo que es el psicoanálisis.

\* Sociedad Psicoanalítica de Puerto Alegre.

\*\* Ponencia para el 50 Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, Buenos Aires, julio de 2017.

Estudiar y escribir sobre intimidad en psicoanálisis nos hace regresar a lo que quizás sea lo más intrínsecamente humano, pues desde que salimos del vientre materno, dejando atrás la mayor experiencia de habitar y compartir el cuerpo de otro, en realidad nunca dejamos de buscar, en nuestra vida, esa reconfortante calidez de un vínculo íntimo con otro ser humano, un camino descrito tan magníficamente por Eizirik (2016). En otras palabras, la búsqueda (o la huida, en la patología) de vínculos íntimos acompaña la vida humana, ya que, como lo observó Bion (1980/1992), “el ser humano es un animal que depende de un par” (p. 95).

Durante esa búsqueda, el cuerpo sin duda desempeña un papel central en la experiencia de intimidad a lo largo de todo el ciclo vital. Además de habitar el cuerpo de la madre durante el embarazo, el sujeto humano continúa compartiendo la intimidad del cuerpo de la madre tras el nacimiento, al alimentarse de ese cuerpo y en ese cuerpo. Además, primitivamente, la madre ayuda al bebé a conocer su propio cuerpo y a construir una imagen de ese cuerpo y de sí mismo como sujeto, y así iniciar un contacto íntimo consigo mismo. La familiaridad y la intimidad con el cuerpo propio tendrán que reconstruirse en la adolescencia y también durante la vejez, cuando el cuerpo se debilita e inevitablemente se deteriora.

Respecto a la sexualidad, tanto en la adolescencia como en la edad adulta, el cuerpo una vez más desempeña un papel esencial en la búsqueda de la intimidad sexual entre los amantes y entre las parejas, en la búsqueda del placer, de la calidez del afecto y de la procreación. En mi opinión, ese ciclo se cierra cuando los papeles se invierten y los hijos, con gratitud, asisten a sus padres ancianos, incluso por medio de cuidados corporales, convirtiéndose en padres y madres de sus padres.

La vivencia de intimidad es una experiencia emocional, y yo pienso que escribir sobre este tema nos acerca a la corriente psicoanalítica que se ha propuesto estudiar la diversidad y la riqueza de las emociones humanas. Entendiendo que la emoción indica el sentido inicial de la experiencia con el objeto y que el significado es construido a través un largo proceso de simbolización que implica continencia y transformación simbólica desde los elementos simbólicos más primitivos hasta los más abstractos, pasando por el lenguaje.

Permítaseme hacer una digresión. La mente humana es quizás uno de los sistemas más complejos del universo, y en su intento por comprenderla, el psicoanálisis en sus casi 120 años de existencia creó varios modelos teóricos procurando dar cuenta de dicha complejidad. Posiblemente, ninguno de esos modelos por sí mismo logre abarcar el universo de la mente humana. Que nos identifiquemos o utilicemos más uno de ellos no significa que pretendamos invalidar los demás; creo, incluso, que en la práctica psicoanalítica podemos transitar por varios, dependiendo de la situación clínica. Por medio de ilustraciones clínicas, espero poder mostrarles claramente la forma como pienso y trabajo la intimidad en la sesión.

Bion situó la experiencia emocional, las emociones humanas y su simbolización en el núcleo de la expansión de la mente. Si para Freud la libido impulsa el desarrollo del psiquismo, Klein señaló como locomotora del desarrollo al sadismo (Petot, 1991). Bion cambia de vértice, afirmando que las experiencias emocionales amorosas (amor) o agresivas (odio) solo conducirían a la expansión de la mente si estuvieren subordinadas al conocimiento (K), es decir, si dichas experiencias se pudieren conocer, simbolizar y pensar (Bion, 1962/1991, 1965/2004; Rocha Barros, 2002; E. M. Rocha Barros y E. L. Rocha Barros, 2008; Hartke, 25 de julio de 2007; Levy, 2012b; 2015b). Según esa concepción, el K tendría casi el estatus de una pulsión. Como consecuencia de ese abordaje, aunque se considere que las pulsiones de vida y muerte, y sus fantasías inconscientes derivadas permanecen como telón de fondo, la atención empezó a centrarse en las emociones vividas en el encuentro con el objeto, en las relaciones con los objetos y en el destino de estas emociones.

¿Cómo se maneja la emoción? ¿Se contiene y simboliza? ¿Se evacúa? ¿Su significado se falsea? ¿Se simboliza y, posteriormente, se ataca y destruye su símbolo?

El desafío del psicoanálisis es transformar la naturaleza de la relación analítica, inicialmente contractual, en una relación íntima (Meltzer et al., 1986/1990). Según Meltzer, en la vida humana el sujeto vive en básicamente tres tipos de relaciones: ocasionales, contractuales e íntimas. En las dos primeras funcionamos de un modo operativo, adaptativo, protomental y mecánico, llevando a cabo actividades para las que nos hemos entrenado y que repetimos automáticamente. La situación es diferente en las relaciones íntimas, relaciones que implican experiencias emocionales con el otro, que pueden conducir a la expansión de la mente, al crecimiento mental, a través de un trabajo prolongado de continencia y simbolización de las emociones en curso. Ahora bien, debemos conceptualizar en qué consisten los momentos verdaderamente íntimos en la relación analítica dentro del campo relacional generado en dicha re-

lación (W. Baranger y M. Baranger, 1969b; Ogden, 1994/2003), puesto que, como veremos más adelante, no todos los momentos serán de experiencias de intimidad entre el analista y el paciente.

Antes de continuar, quiero aclarar que cuando me refiero a la relación analítica, entiendo que queda incluido el concepto de transferencia concebido por Freud (1912/1969a) como reminiscencias del pasado y fruto de las identificaciones (Freud, 1923/1969d) y por Klein (1952/1985) como externalización del mundo interno. Se incluyen también los conceptos de contratransferencia de Heimann (1949) y Racker (1960). Por otra parte, pienso que los conceptos de campo analítico (W. Baranger y M. Baranger, 1969a) y de tercero intersubjetivo (Ogden, 1994/2003) acrecientan que las vivencias transferenciales y contratransferenciales de una determinada dupla analítica generen algo nuevo, la fantasía de campo compartida y del tercero analítico.

Asimismo, espero poder discurrir sobre esa experiencia tan subjetiva e íntima sin perder de vista su riqueza y sutileza para no reducirla a un mero tecnicismo. En la medida en que sea posible, también me propongo enfrentar la limitación inevitable del lenguaje para describir situaciones emocionales complejas y profundas.

### Intimidad y la dimensión estética del psicoanálisis

Mientras escuchaba al arquitecto, paisajista y poeta Paul Andreu (mayo de 2016) hablar sobre la relación entre la luz y los materiales en una obra arquitectónica en el Congreso de Psicoanalistas de Lengua Francesa de 2016, me acordaba de la relación analítica. Andreu dijo que era necesario que existiera una “densidad” entre esos elementos, una posibilidad de que la luz y los materiales bailaran entre ellos, interactuaran, se interpenetraran, para que de allí pudiera surgir algo vivo. Me recordó también a nuestra relación con los pacientes, cuando, al referirse a su proceso creativo, Andreu subrayaba la importancia de la dimensión temporal, de dejarse inundar, sumergirse y, de repente, descubrir que algo emerge; “ahí es donde se encuentra la verdad”, afirmaba Andreu. Eso es lo que ocurre en la relación analítica. Necesitamos tener esa “densidad” con nuestros pacientes, tener con ellos una interacción viva para dejarnos sumergir en la experiencia emocional con ellos, en un estado mental más cercano al onírico que al proceso secundario, acogiendo sus comunicaciones de todos los tipos para así emerger, gracias a nuestra función analítica, y para que nazca algo vivo, una nueva comprensión que diferencie a analista y analizante (Ithier y Levy, 2013).

La obra de Bion (1962/1991, 1963/1988b, 1965/2004, 1970/1993) trata justamente del proceso de conocer la “verdad” de las emociones vividas en los vínculos humanos, en los que la emoción es el elemento de unión. ¿Cómo establecer contacto y conocer (K) lo que ocurre en la propia mente o en la mente del otro? ¿Cómo nace un nuevo pensamiento a partir de la experiencia emocional compartida en el vínculo con el otro? ¿Cómo acercarse a la “verdad” del otro o de sí mismo? Entendiendo la verdad como enigma, inminencia de revelación (Ungar, 2000).

La palabra íntimo proviene del latín *intimus*, que es el superlativo de *dentro*, designando, así, lo que estaría más adentro. Por consiguiente, la intimidad implica tener contacto con el mundo interior

propio o del otro. Bion habla de “convertirse en el otro”, en el sentido de llegar lo más cerca posible a la experiencia emocional del otro, en lugar de “ser el otro”, lo que implicaría perder la propia identidad (Grotstein, 2005/2010b). Él retrató el fenómeno de la intimidad consigo mismo o con el otro de una forma que jamás se había hecho anteriormente (Grotstein, 2005/2010a). “*Él transformó el psicoanálisis en una práctica sobre la obtención y la experiencia de la intimidad*” (Grotstein, 2005/2010a, p. 325).

Bion (1962/1991) realizó otra contribución esencial para la comprensión de cómo se procesan los intercambios intersubjetivos al modificar el concepto seminal de identificación proyectiva de Melanie Klein (1946/1978). Al describir la identificación proyectiva realista con fines comunicativos, Bion efectúa un gran salto teórico con respecto a las conceptualizaciones de Klein. Para él, tanto el bebé como el ser humano en general pueden comunicar sus emociones al otro proyectándose inconscientemente en el otro, sin escindirse en demasía.

Debido a sus múltiples implicaciones, la descripción y la conceptualización del proceso de comunicación de emociones brutas a través de la identificación proyectiva, la acogida y la transformación simbólica de esas emociones por el objeto tuvieron un efecto revolucionario en el psicoanálisis. La primera es que la subjetividad del bebé se constituye o experimenta una ampliación por la mediación de la subjetividad de la madre y de sus funciones psíquicas, al mismo tiempo que la subjetividad emergente de la madre es constituida por la del bebé. Una segunda consecuencia, directamente relacionada con la primera, es que el objeto se eleva a un nuevo estatus, pues se le atribuyen funciones que constituyen y amplían la subjetividad del sujeto. La tercera –junto con los aportes winnicottianos que abordaré más adelante– lanza el psicoanálisis definitivamente al paradigma de la complejidad (Prigogine, 1996; Morin, 1996).

Ese movimiento también incidirá en el modo de comprender la intimidad dentro del proceso analítico, puesto que podemos afirmar que al igual que la madre tiene acceso a la vivencia subjetiva íntima del bebé, permitiendo que su hijo se “conozca” a sí mismo, el analista puede compartir la experiencia emocional con su paciente, conocerla y ayudarlo, de esa forma, a conocerse a sí mismo, lo que abre todo un nuevo camino en el psicoanálisis, que dice respecto a su dimensión intersubjetiva e inaugura un nuevo modelo psicoanalítico, el modelo transformacional (Ogden, 2012; Ferro, 1998; Levine, 2012, 2016). En este modelo, la noción de campo analítico de la pareja de investigadores W. Baranger y M. Baranger (1969a, 1969b), desarrollada por Ogden (1994/2003, 2005/2010), Ferro (1998), Cassorla (2010) y otros, asume un espacio central.

Winnicott también aporta contribuciones esenciales para la comprensión de la constitución del sujeto en la relación intersubjetiva con el otro, abordando dicha relación desde la dinámica de la presencia/ausencia del otro (Winnicott, 1967/1975b).

Al mencionar la influencia lacaniana, Winnicott (1967/1975b) afirma la importancia del otro, inicialmente la madre, en la constitución del sujeto. Winnicott señala que el rostro de la madre es el precursor

del espejo. Con mucha riqueza, comenta que los bebés se ven a ellos mismos al mirar el rostro de su madre y acuña esta frase lapidaria: “Cuando miro, soy visto; luego, existo” (p. 157). La madre que logra “mirar” a su bebé comienza a asemejarse a lo que está viendo. La sensación del bebé cobra significado en el rostro de la madre. Es en ese interjuego que consiste en mostrarse y ser visto que se construye la imagen que el sujeto tiene de sí y que constituirá la “verdad” sobre sí mismo. Eso equivale a decir que en las relaciones humanas íntimas nos vemos a nosotros mismos, encontramos nuestra “verdad” en el rostro de los otros. Winnicott también añade que los bebés cuyas madres no logran mirarlos no se ven a sí mismos cuando miran a su madre. Es por eso que apreciamos la importancia de los aportes de Winnicott y Bion cuando pensamos en el psicoanálisis desde la complejidad de la constitución del ser humano. Junto con las contribuciones de esos autores ingleses, que establecieron una sólida base metapsicológica para la dimensión intersubjetiva del psicoanálisis, la teoría del campo analítico de W. Baranger y M. Baranger (1969a, 1969b) reforzó aun más la comprensión de lo que pasa cuando dos sujetos –con sus subjetividades– se encuentran en el consultorio analítico.

Ogden (1994/2003) enriquece esa noción winnicottiana señalando que cuando el niño se ve en el rostro de su madre, se crea una dinámica de existir/no existir en la cual la madre, al mismo tiempo que reconoce y se identifica con el estado interno del bebé, desaparece y permite que el bebé se vea a sí mismo como un Otro. El bebé se pone, por lo tanto, en lugar de su madre y se ve a sí mismo como un otro.

Como vemos, la proximidad y el contacto de dos subjetividades por medio de un vínculo cargado de emociones constituyen un proceso complejo y paradójico. Por un lado, están los intercambios mencionados anteriormente, vías de comunicación *entre dos sujetos*, pero, simultáneamente, también es necesario convivir con la idea de que, en definitiva, el interior del otro es inalcanzable, inaccesible. Por eso Meltzer (1971/1994) llega a afirmar: “La enorme soledad solipista que sufre el ser humano radica en la imposibilidad de saber, de realmente sentir, las emociones de otro ser humano” (p. 186). Solo podemos conjeturar, con gran esfuerzo (Meltzer, 1988/1995), establecer contacto a través de nuestra ensoñación o de nuestra intuición (Bion, 1962/1991; 1965/2004; Ogden, 2005/2010; Ferro, 1995/1997, 1998; Civitarese, 2014, septiembre de 2015), de nuestra empatía (Bolognini, 2008, 21 de mayo de 2016), de nuestro trabajo en doble (C. Botella y S. Botella, 2002), abriendo nuestras mentes para intentar acoger algo de la subjetividad del otro.

André Green (1975/1988) –junto con C. Botella y S. Botella (2002) y Roussillon (2013), entre otros psicoanalistas franceses– se unía también a la corriente psicoanalítica que buscaba comprender el proceso del crecimiento psíquico a partir de los intercambios entre paciente y analista. En 1975, por ejemplo, escribió textualmente:

el objeto analítico real no está del lado del paciente ni del analista, sino en el encuentro de esas dos comunicaciones, en el espacio potencial que está entre las dos, limitado por el contexto (encuadre), que se interrumpe en cada separación y se reconstituye en cada reencuentro. (p. 54)

Desafortunadamente, por una cuestión de tiempo y espacio, no podré extenderme en las consideraciones sobre estos ricos aportes.

Pero, volviendo a la importancia de la emoción en el encuentro con el otro y su centralidad en la tarea del conocimiento, Meltzer describe en varios trabajos (1971/1994, 1986/1990, 1988/1995) no solo el encanto y el deslumbramiento producidos por ese acercamiento, sino también el temor y la angustia. Este autor considera que el contacto con el objeto es una experiencia estética en la medida en que su significado y naturaleza son indicados por las intensas emociones y sensaciones que despierta, y no por la razón.

Un hermoso bebé común mira intrigado y fascinado, seducido y encantado a su hermosa madre común. La pasión y la sensualidad emanan desde ambos lados de la relación. Él, el bebé, el príncipe, es mirado con amor, miedo, irritación, sensualidad y misterio por la majestuosa madre. Y ella, majestuosa hada, de la misma forma es mirada, admirada, temida, deseada, amada y odiada por el maravilloso bebé común, encantado por la belleza del hada, que lo colma de sensaciones y bombardea su sensorialidad, pero intrigado también por el misterio de su interior, inaprensible por sus sentidos (Meltzer, 1988/1995). Ese es el conflicto estético.

Meltzer sitúa el conflicto estético como punto de partida del desarrollo humano, postulando que ese conflicto se mantiene durante toda la vida como un elemento imprescindible para el crecimiento mental. Desde esa perspectiva, el pensamiento creativo se constituye en el esfuerzo para dar representación simbólica a la intensa experiencia emocional desencadenada por la presencia del “otro” y por lo enigmático del interior intangible de ese otro. La presencia del objeto y su misterio ponen a la mente a trabajar, a crear formas simbólicas que representen algo de la experiencia emocional. En otras palabras, ese elemento dual es, por un lado, una presencia intensamente rica en estímulos sensoriales y, en consecuencia, bella, arrebatadora, y por otro lado, el misterio que emana del carácter inalcanzable, inaccesible, del interior del objeto es esencial para el desarrollo de la imaginación especulativa y del pensamiento creativo. Esto sería una función poética de nuestro inconsciente (Meltzer, 1986/1990; Civitarese, 2014), en el sentido de que crea imágenes que, en la medida de lo posible, contienen la emoción del encuentro con el otro. En otras palabras, si esas emociones son intolerables, podrán ser evacuadas de la mente a través de la acción, la identificación proyectiva defensiva, en el cuerpo o en lo alucinatorio.

La virtud de la situación analítica es proveer un terreno para expresar el lenguaje de la emocionalidad vivida por analista y analizando en una relación íntima. La convergencia del material onírico y la experiencia emocional directa en la transferencia y el proceso de construcción-reconstrucción de las relaciones pasadas retan al paciente y al analista a encontrar formas verbales precisas que describan la experiencia de comprender y de ser comprendido (Meltzer, 1971/1994). Y esa posibilidad de tener conciencia de sí mismo y de la experiencia compartida depende en gran medida de la sinceridad con que el sujeto es capaz de tener, aceptar, contener y reconocer la emoción que está experimentando. Evidentemente, lo mismo ocurre en la mente del ana-

lista. La posibilidad de tomar conciencia de la experiencia emocional en curso durante la sesión depende de su apertura mental para acoger las emociones compartidas, su capacidad continente y su sinceridad, pero también del cansancio del analista, del tipo de transferencia, de la tensión personal, etc. (Meltzer, 1971/1994).

Este planteo, que sitúa la emoción en el centro -y como vínculo- de la experiencia subjetiva entre dos sujetos y el inconsciente, cuya tarea poética es construir imágenes fecundas de significado que transmitan esa emocionalidad, constituye la dimensión estética del psicoanálisis, como ha sido tan hábilmente descrita por Virginia Ungar (2010) en el trabajo que propone el modelo estético del psicoanálisis.

### ¿Es posible definir un gradiente de intimidad?

En un intento de proporcionar una mayor precisión a la caracterización de las experiencias íntimas, quizás podríamos definir un espectro de experiencias de relaciones de objeto -e incluso de relación consigo mismo- que iría de un extremo en el que se situaría un sujeto en un estado mental de aislamiento autista al opuesto, donde encontraríamos a un sujeto en un estado mental de fusión narcisista, atravesando un gradiente de experiencias íntimas. Propongo el siguiente diagrama, inspirado en Meltzer y Bion:

#### Aislamiento autista ↔ ... Intimidad ... ↔ Fusión narcisista

En este diagrama, con sus flechas de doble sentido, sugiero que hay una oscilación dinámica entre esas varias posiciones y que en las relaciones humanas transitamos por estados mentales en los que estamos más o menos disponibles para relaciones íntimas. También propongo que podremos tener grados diferentes de intimidad con el otro y con nosotros mismos. Esto no excluye la posibilidad de que, en situaciones patológicas, por ejemplo, se pueda pasar directamente de un estado de fusión narcisista a un desmantelamiento autista, dependiendo de la ansiedad y de las defensas en juego, o fijarse en uno de los extremos.

El encuentro de dos subjetividades provoca una tempestad de emociones que exige un inmenso esfuerzo por parte de la mente (Bion, 1997). La variedad de emociones es casi infinita: pasión, amor, odio, deseo erótico, deseo de conocer, envidia, miedo, culpa, ansiedad de separación, miedo al rechazo, desprecio, atracción, repulsión, admiración y podríamos continuar intentando nombrar emociones *ad infinitum*. Las defensas contra las emociones intolerables pueden distribuirse por el mismo espectro ilustrado en el diagrama que presentamos antes. Pueden abarcar desde defensas autistas y la desmentalización resultante (Korbivcher, 2001; Civitarese, septiembre de 2015) hasta estados narcisistas con sus relaciones de objeto omnipotentes y narcisistas en las que el sujeto, por medio de la identificación proyectiva intrusiva, se apropia del otro o lo utiliza para evacuar sus propios aspectos indeseables (Meltzer, 1973/1979, 1992; Rosenfeld, 1987/1988). En ambos extremos, los límites del *self* se borran o se pierden, así como se pierde la noción de alteridad junto con la

posibilidad de tener experiencias de intimidad. Podríamos también suponer que para poder tener una relación íntima consigo mismo, para conocer su propio interior, el sujeto no puede estar en un estado de funcionamiento mental en el que predominen las defensas autistas o proyectivas, puesto que ambas impiden el contacto del sujeto con su vida emocional.

Para que haya una genuina experiencia de intimidad en una relación de objeto, parecería necesario que ambas partes de la relación analítica, además de tener capacidad de sinceridad en cuanto a las emociones experimentadas, mantengan los límites del *self* y la noción de alteridad (Minerbo, 1993) para que el sentido de identidad no se vea excesivamente afectado. Las variaciones en la intimidad no están relacionadas con la intensidad del dolor psíquico, sino con el grado en que es aceptado (Meltzer, 1971/1994). Desde la perspectiva del conflicto estético, la intimidad se podría definir como la capacidad de tolerar la turbulencia provocada por la presencia del objeto, sin evadirse del contacto de forma autista ni fundirse omnipotentemente a través de identificaciones proyectivas e intrusivas.

En el encuentro analítico, el problema, al menos al principio, es que el analista se enfrenta con pacientes que, para defenderse del sufrimiento, se han entregado a organizaciones narcisistas o presentan identificaciones patológicas. El desafío consistirá en descubrir cómo transformar ese encuentro en un encuentro íntimo. Analista y analizando deberán tener suficiente coraje para enfrentarse al inevitable dolor psíquico que surge cuando se proponen establecer un contacto íntimo y sincero. El análisis es un proceso de descubrimiento impulsado por el inconsciente del paciente, pero también por el nuestro. Contamos con la ayuda de nuestros objetos internos, todos aquellos con los cuales tuvimos relaciones profundas, nuestros objetos originales, nuestros analistas, supervisores, pacientes, y también con el método y el encuadre analítico internalizados, con nuestras teorías, y nos entregamos a ellos creyendo que nos ayudarán cuando sea necesario.

Ahora bien, el intenso contacto emocional de un análisis es con frecuencia doloroso también para nosotros, lo que hace que nos resistamos. Si tenemos la disponibilidad, el coraje y la sinceridad necesarios, en un estado mental cercano al onírico, a partir de la experiencia emocional consciente e inconsciente con el paciente se podrán sentir intuiciones o en el inconsciente del analista podrán presentarse las imágenes, metáforas o palabras que mejor contengan la experiencia emocional vivida, o puede ser también que el analista tenga que producir esos elementos oníricamente por medio de su capacidad de soñar. Es ahí donde se encuentra, yo creo, la creatividad del psicoanalista.

### Los tiempos de la intimidad

Como hemos visto, el encuentro íntimo, fundado en la emoción entre dos sujetos, es un fenómeno rico, complejo y constituyente del ser humano. Me gustaría aumentar la lupa que estamos utilizando para describir la experiencia de la intimidad en el campo analítico, sugi-

riendo que tratemos de seguir, solo para fines de estudio, los tiempos en los que se desarrolla la intimidad, puesto que el proceso, en la práctica, es mucho más complejo e inefable.

La experiencia íntima con uno mismo puede asustar, puesto que, por un lado, acerca el sujeto al vacío infinito, desconocido, de su inconsciente (Bion, 1965/2004). Por el otro, en el caso de la experiencia analítica, con frecuencia pone al sujeto en contacto con deseos y fantasías proyectadas, reprimidas, desplazadas y rechazadas, procesos defensivos ampliamente descritos por Freud, Klein y numerosos autores de psicoanálisis. Por ese motivo, el sujeto se resiste a ser él mismo, a vivir su realidad última, que Bion denominó O (1965/2004).

En este contexto, el objetivo del trabajo analítico, de la interpretación, es ayudar al paciente a devenir él mismo. Podría decirse que cuando el paciente puede llegar a ser él mismo, está pudiendo tener una experiencia de intimidad consigo mismo, un contacto íntimo consigo. Esta experiencia emocional, justamente por ser intolerable, a menudo no está simbolizada o está débilmente simbolizada, escindida, y ha sido eliminada de la mente, ya sea por medio de identificación proyectiva, por puestas en acto con fines de evacuación (Levy, 2012a; Ruggiero, 2007), o, incluso, mediante somatización (Bion, 1962/1991; Aisenstein, 2004; Aisenstein y Savvopoulos, 2009) o en lo alucinatorio.

No obstante, en el campo analítico, esa experiencia emocional, intolerable al principio para el paciente, para poder ser reconocida, comprendida y posteriormente elaborada (Rocha Barros, 2002; E. M. Rocha Barros y E. L. Rocha Barros, agosto de 2008), necesita existir, evolucionar y sufrir transformación simbólica en algún continente, como lo han descrito de forma brillante Ogden en varios trabajos (1994/2003, 2005/2010) y también Ferro (1998, 2011), entre otros. Si el analista está disponible y puede contenerla, la emoción mental rechazada por el paciente pero presente en el campo o identificada proyectivamente en el analista podrá evolucionar en el propio analista. El analista se tornará así la emoción del paciente, o en la emoción generada en el campo por el encuentro entre los dos –en el sentido de que su subjetividad es tomada por estas emociones–, lo que le permitirá conocerlas íntimamente al transformarlas en algo pensable. En este momento, tal vez podamos decir que el analista está teniendo una experiencia de intimidad con algún aspecto del *self* del paciente. Sugiero que ese podría ser uno de los momentos del proceso de intimidad.

Como lo ilustraré a continuación, el analista, al acoger las identificaciones proyectivas del paciente, experimenta hasta cierto punto una negación de su propia individualidad, como si dejara de ser él mismo, para “convertirse” en lo que el paciente no está pudiendo ser en aquel momento.

Se espera, no obstante, que en un segundo tiempo de la intimidad el analista pueda recuperarse a sí mismo, recobrar su capacidad de pensar, su función analítica, y transformar aquella experiencia en una comprensión que será un “objeto analítico” (Ogden, 1994/2003, p. 86), un portador de sentido psicoanalítico producido intersubjetivamente. Sin embargo, muchas veces el analista es simplemente arrastrado a funcionar de una cierta manera por las identificaciones proyectivas, perdiendo su capacidad de ensoñación y transformación en alfa, de

hacer un *enactment* (Cassorla, 2014), y puede incluso, en algunas situaciones, depender del paciente para recobrar esa capacidad.

Avanzando en la descripción de la experiencia de intimidad, sugiero un nuevo momento: si se juzga que el paciente ya tiene condiciones de contener esa parte del *self* proyectada, el analista podrá interpretarla para que el paciente pueda vivirla y recuperar, así, parte de su subjetividad perdida.

También imagino otra situación en la construcción de la experiencia de intimidad, pues, dependiendo de cómo se desenvuelve el trabajo de analista y analizando, si continúan evolucionando en la experiencia emocional presente en el campo analítico, aprendiendo sobre ella y experimentándola, sin identificaciones proyectivas excesivas, pueden vivir una experiencia de intimidad compartida. Esta experiencia es la que quizás podría llamarse una “verdadera experiencia íntima”, si podemos darnos esa libertad con el lenguaje, puesto que se trata ahora de dos sujetos, separados, que conservan sus sentidos de alteridad, cada uno siendo él mismo, pero compartiendo una experiencia emocional presente en el campo analítico.

Entiendo que podrá haber un tiempo más en la experiencia de la intimidad al que llamaría *intimidad diferida*. Después de que el analista ha acogido la emoción, las fantasías o los pensamientos salvajes (Bion, 1997) a través de su propia ensoñación, permitiéndoles evolucionar dentro de sí mismo, y una vez que ha llegado a su comprensión, es decir, una vez que ha logrado tener un contacto íntimo con la subjetividad del paciente, ¿cuándo debería interpretar dichas emociones, fantasías y pensamientos? ¿Cuándo tendrá el paciente un continente para poder volver a introyectar lo proyectado? En otro estudio (Levy, 2012a) abordé la eventual necesidad de crear *andamios para el pensar*, una forma de ayudar al paciente a crear una red simbólica de continencia que pueda acoger aspectos previamente evacuados sin desestructurarse para al fin poder tener intimidad con aspectos suyos intolerables. La posibilidad de espera ha sido uno de los desarrollos más valiosos del psicoanálisis contemporáneo: esperar el tiempo del paciente, hasta que él pueda pensar y acoger pensamientos previamente impensables.

Todo ese proceso de construcción de la experiencia íntima consigo mismo y de la posibilidad de tenerla con el otro es característico y solo se puede producir en la sala de análisis. En otras situaciones de la vida, el sujeto o bien tiene experiencias íntimas y enriquece su mundo psíquico o no las tiene y permanece empobrecido. Debido a su necesaria alta intensidad emocional, la relación analítica es la que puede utilizar la necesidad y el temor a la experiencia íntima con fines terapéuticos.

Evidentemente, mi descripción anterior de los tiempos de la intimidad solo es posible con fines teóricos y académicos, puesto que, como veremos, en los casos clínicos, la vivencia de esa experiencia es mucho más compleja, misteriosa e inefable, y una gran parte de ella solo se puede comprender *après coup*. En el calor de la sesión analítica somos guiados por la intuición e iluminados por los conceptos que cargamos con nosotros, y ambos son necesarios e imprescindibles.

## Mónica, el horror a la intimidad

Mónica y yo vivíamos intensos afectos brutos en el campo analítico que se externalizaban y eran evacuados, a la espera de alguna simbolización que pudiera insertarlos en la cadena simbólica (Levy, 2012b).

La turbulencia emocional provocada por nuestro encuentro se manifestaba constantemente en Mónica. Una parte neurótica de su personalidad simbolizaba las experiencias emocionales que desbordaban el campo analítico y otra parte destruía ese conocimiento porque se refería a situaciones impensables. Ilustraré con dos sueños.

Me veía a mí misma pequeña, de cuclillas y jugando en la calle. Parecía que llevaba pañales. Estaba al lado de un muro que no parecía estar completamente cerrado. Era ese tipo de muro que tiene agujeros entre los ladrillos. Por los orificios pasaban reflejos de luz y yo veía que había una iglesia al otro lado del muro que parecía ser muy linda. Me acercaba al muro, deslumbrada, para ver la iglesia a través de los agujeros. De repente, algo parecido a una nube estaba viniendo hacia el muro. Era la imagen de una bruja que cruzaba por entre los orificios del muro. Yo, aterrorizada, me desperté.

Entre otras cosas, simbolizaba así su conflicto estético vivido en su relación conmigo: al percibirme como un objeto que despertaba su curiosidad y que le parecía bello (Meltzer, 1988/1995) -en el sentido de despertar emociones intensas-, ella se horrorizaba, como si yo fuera un objeto invasivo, incontrolable y turbador. Nuestra intimidad le resultaba absolutamente aterradora. Se defendía de ella como podía: faltaba a las sesiones, permanecía en silencio durante buena parte del tiempo que pasaba conmigo y “desmontaba” lo que yo le ofrecía en términos de entendimiento, como se plasma en el siguiente sueño: “Me habían regalado una bicicleta. Pero en lugar de montarme en ella, la desmontaba. Luego trataba de volver a montarme en ella, pero no lo lograba”. Comprendimos que se refería a su propia actividad mental, muy activa y presente, pero que, en lugar de utilizar lo que yo le había dicho para seguir adelante, ella lo desmontaba en piezas pequeñas que ya no le servían para avanzar (andar)/pensar. Como diría Bion (1959/1988a), “aquello-que-enlaza” había sufrido un ataque y solo restaban pedazos desmantelados desprovistos de significado. Mónica procedía así no en virtud de una destructividad especial, sino por el horror que vivía al acercarse a mí como objeto estético (Meltzer, 1988/1995), y al sentir su mundo interior provocado por la interpretación, no toleraba la intimidad entre nosotros ni con ella misma.

El horror al acercamiento fue adquiriendo gradualmente otra forma. Por su actitud en el diván, en el que permanecía de brazos y piernas siempre cruzados, por su tensión, su rechazo, y por sorprenderme en mi contratransferencia a veces durante sus sesiones con extrañas fantasías eróticas completamente ajenas a mí e incongruentes con el clima de la sesión, comencé a imaginar que esas fantasías que me habitaban allí, en la sala de análisis, podrían pertenecer a la subjetividad de Mónica e indicar que ella podría haber sido víctima de algún tipo de abuso, experiencias traumáticas que

esperaban una mejor simbolización. De nuevo, la vivencia subjetiva de Mónica probablemente constituía mi propia experiencia subjetiva, mientras que mi presencia constituía su experiencia subjetiva durante la sesión, como se pondrá en evidencia a continuación. Aunque ella no tuviera ningún registro consciente de una experiencia de abuso sexual, este tema estaba presente con frecuencia en el campo analítico, ya fuera a través de mis fantasías, de los sueños de Mónica o de ambos.

Estuve de viaje una semana. A la vuelta, Mónica comenzó la sesión diciendo que estaba enfadada. Peleaba conmigo y quería que yo le correspondiera. Le dije que el acercamiento hacia mí le estaba resultando a ella muy difícil, que prefería pelearse conmigo y que yo le correspondiera para poder irse inmediatamente, lo que la aliviaría de la tensión de acercarse a mí y a ella misma, a aquello que le estaba pasando interiormente. Creo que mi ausencia y mi presencia le provocaban rabia y deseo de pelear conmigo, porque durante mi ausencia había percibido su dependencia hacia mí, al igual que el temor a sufrir algún tipo de abuso o intrusión en mi presencia. Esto queda ilustrado en el sueño descrito a continuación.

Cambia el tono de voz, que se hace más cálido y cercano.

Estaba hablando con María, la psiquiatra [una colega que la había tratado anteriormente] en su consulta. Ella parecía ocupada con otras cosas y no me estaba prestando atención. Yo estaba desesperada porque tampoco recordaba por qué estaba allí ni lo que me había llevado a ese tratamiento. El ambiente era muy depresivo y oscuro. Luego yo pasaba a otra sala y entraba un médico que podrías ser tú, porque era medio calvo. Yo estaba acostada en una mesa y él estaba junto a mí, mirándome. Parecía que iba a abusar de mí. Le dije que no podía hacerlo, que yo me iba a morir y que tenía dos hijos que quedarían desamparados. Estaba desesperada.

Mónica se emociona y se pone a llorar al contarme este sueño.

Entonces parecía que él se moría, se caía encima de mí y yo no podía quitármelo de encima porque era muy pesado.

Ella me dice que no asocia nada. Me viene a la mente la imagen de una niña con un adulto encima de ella y del que ella no puede librarse porque no tiene fuerzas suficientes. Le recuerdo mi ausencia esa última semana. Le pregunto si no se le ha ocurrido que los sueños pueden estar relacionados con mi ausencia de la semana anterior. Dice que no lo sabe. “¿Cómo podrían estar conectados?”. Yo sugiero que quizás el sueño tradujera la sensación de que no la había escuchado la semana anterior, puesto que estaba ocupado con otras cosas, y no le había prestado atención. También, parecería que hubiera podido admitir mi ausencia si yo fuera una mujer, María, pero que cuando ella se imaginaba cerca de mí, como hombre, parecía que volvía el temor y la desesperación por la posibilidad de que yo abusara de ella. Y ella me mostraba el clima depresivo y oscuro que esos sentimientos generaban dentro de ella. Mónica llora y dice:

M: ¿¿Hasta cuándo van a repetirse estos sueños que no agregan nada?!

R: Sí que agregan... Se me ocurrieron dos ideas sobre el hombre que cayó encima de ti...

M: ¿Se caía? Ni siquiera me acuerdo de lo que te he contado.

R: Es tan abrumador que lo olvidas.

Le recordé lo que ocurría en su sueño.

M: Sí, eso es, bueno, la imagen de él cayéndose no está muy clara, pero eso es lo que pasaba.

R: La imagen que me vino a la mente fue la de una niña con un adulto muy pesado encima de ella... Esta es la forma en la que me muestras el peso que esos sentimientos tienen sobre ti...

M: Analizar esto no servirá para nada, solo me hace sufrir más.

Ella estaba casi gritando y al mismo tiempo enojada y desesperada. Le digo que se desespera porque le parece que estar cerca de mí y de las personas solo la hará sufrir. Es por esa razón que se aparta y quiere alejar a todos de ella.

M: Alejo a todos de mí.

Se queda pensativa, en silencio.

Creo que estos fragmentos de la sesión ilustran cómo el tema de la intimidad atraviesa el análisis de Mónica y entiendo que esto pasa en todos los análisis. La situación de acercamiento con respecto a mí, como su analista, recreaba una situación traumática en función de la cual la intimidad analítica era vivida con horror. Sus fantasías y sentimientos o eran reprimidos violentamente o proyectados, o se destruían sus símbolos o se atacaba su aparato intelectual. Yo compartía muchas de esas emociones, las vivía en la sesión. Pero, al mismo tiempo, a pesar de sus ausencias y peleas conmigo, ella ansiaba la temida proximidad, pues necesitaba un objeto apaciguador, fiable, continente y transformador de toda esa gama de emociones turbulentas e intolerables.

Continuó progresando y produjo el siguiente sueño.

Soñé que me había quedado dormida durante la sesión y que tú te quedabas ahí atrás pacientemente sentado, esperando a que me despertara. Fue muy curioso porque cuando me desperté me sentí muy bien, me parecía que habías estado protegiéndome.

Me sentí profundamente emocionado, conmovido, y experimenté un sentimiento de felicidad intensa. ¡Ella estaba finalmente “despertándose” del “sueño” que le impedía “verme” como alguien que la cuidaba! Al fin podíamos tener una nueva experiencia de intimidad y ella podía verme, tras siete años de psicoanálisis, como un objeto bueno, cuidador, sin atacar su percepción, sus pensamientos o su aparato de pensar. Volviendo al conflicto estético de Meltzer, ella podía verme ahora no como la *Belle damme sans merci*, sino como un objeto respetuoso y cuidador. “Ella había dormido a mi lado”, íntimamente, un sueño apacible y reparador. Podíamos estar cerca y en una relación de intimidad sin tanta angustia de violencia e intrusión.

## Comentarios finales

Creo que las notas que transcribo a continuación y que registré ni bien acabé una sesión con otra paciente, hace unos años, ilustran las emociones que compartimos con nuestros pacientes en los momentos de intimidad del análisis. Estos momentos no son tan comunes en el tratamiento analítico, pero brindan un enorme placer cuando los alcanzamos, quizás porque nos hacen sentir una vez más, al llegar tan cerca de otro ser humano, el placer de la paradoja de “estar en uno con, pero separado” (Winnicott, 1958/1975a).

Acabé la sesión con lágrimas de emoción en los ojos, pues habíamos llegado a experiencias emocionales intensas analizando su relación con su hermana. ¿Es la verdad bella, como dice Meltzer, inspirado en los poetas ingleses? Siempre traía una imagen de su hermana como una persona arrogante, esnob y presumida. Pero ahora se revelaba una visión diferente de ella: una persona sufrida, marcada por el abandono temprano de sus padres, ya que la enviaron para que la criara otra familia durante muchos años. Ambos, tanto mi paciente como yo, veíamos emocionados la nueva imagen de su hermana que creativamente había surgido a través de un sueño que ella me había contado y de nuestro trabajo en la sesión. Compartíamos la emoción de crear una nueva y bella imagen de la hermana. Bella porque nos parecía más verdadera que la anterior. Estábamos encantados no solo por la nueva imagen que habíamos construido de su hermana, sino también por la belleza del trabajo analítico, capaz de tanta fertilidad.

Esta posibilidad de vivir la emoción con el paciente es lo que nos permite tener acceso a su intimidad y a la nuestra, de una forma encarnada, con cuerpo y mente integrados en una unidad indisoluble, y lo que permite que aflore una vivencia de verdad y belleza, fuera de los parámetros exclusivamente racionales, constituyendo así una verdadera experiencia estética. Sin embargo, debido a la intensidad de la experiencia emocional y a la necesaria anulación de nuestra identidad en algún punto de este proceso, con todo el trabajo psíquico que nos exige, con frecuencia nos defendemos de esta experiencia y conducimos el proceso analítico, desafortunadamente, en una forma poco inspirada que se acerca más al pensar que al sentir, y no en la oscilación necesaria entre sentir y “pensar”. Bion (1965/2004) diría que estamos trabajando más en la perspectiva de *conocer sobre* que en la de *devenir*, resultando de ello un trabajo menos rico y bello de lo que podría ser. Pero, afortunadamente, muchas veces eso no ocurre, cuando toleramos la experiencia de la intimidad emocional.

## Resumen

Partiendo de la idea de que la vivencia de intimidad es una experiencia emocional, el autor intenta definir lo que es la intimidad en la práctica analítica, los factores que la posibilitan y aquellos que la impiden.

El autor inicia haciendo consideraciones generales respecto de la intimidad en la vida, en el ciclo vital y en las relaciones en general. Llega a la definición de que la vivencia de intimidad es una experiencia emocional de contacto con uno mismo y con otro sujeto. Luego focaliza lo que

sería la intimidad en la relación analítica, entendiendo que el encuentro de dos sujetos con sus subjetividades genera una turbulencia emocional que, si es tolerada, transformada simbólicamente y, por lo tanto, pensada, puede llevar a conocer la intimidad de uno mismo y del otro. Así, la emoción experimentada en el contacto con otro sujeto es el eslabón entre los dos y aquello que permite conocer lo que pasa en el interior de sí mismo y de aquel con quien estamos en contacto.

A continuación el autor propone que podríamos pensar en un gradiente de experiencias íntimas, en cuyos extremos, en el polo del aislamiento autista y en el de fusión narcisista, no es posible la experiencia de intimidad. En la zona intermediaria habría grados diversos de intimidades posibles. El trabajo prosigue describiendo los tiempos de la intimidad, buscando, con fines teóricos, examinar detenidamente el proceso mediante el cual se construye la intimidad en la relación analítica y los obstáculos que encuentra. Finalmente, es presentada una viñeta clínica con el propósito de ilustrar lo que para el autor sería experiencias de intimidad en la relación analítica, las ansiedades movilizadas y algunas defensas contra ella.

**Descriptor:** *Intimidad, Relación analítica, Simbolización, Campo analítico.*

## Abstract

Starting from the idea that intimacy constitutes an emotional experience, the author seeks to define what intimacy is in the practice of psychoanalysis, how it is built in the analytical relationship, and the factors that facilitate and impede it.

The author begins with general considerations about intimacy in life, the life cycle, and relationships in general. He defines intimacy as an emotional experience of contact with oneself and with another subject. He then focuses on describing the experience of intimacy in the analytic relationship, asserting that the encounter between two subjects and their subjectivities creates an area of emotional turbulence, which, if tolerated, symbolically transformed, and, therefore, thought out, may lead to knowledge about the intimacy of one's emotions and those of the other person. Thus, the emotion experienced in contact with the Other embodies the link between the two, and allows us to know what is happening within both ourselves and the person with whom we are in contact.

The author then proposes a gradient of intimate experiences, ranging between extremes of autistic isolation and narcissistic fusion – at which the experience of intimacy is impossible. Between these two poles lie different degrees of potential intimacy. The study continues by describing the timing of intimacy, seeking, for theoretical purposes, to closely examine the process by which intimacy is constructed in the analytic relationship, as well as obstacles that must be overcome. Finally, a clinical vignette is presented to illustrate how the author characterizes experiences of intimacy in the analytic relationship, the anxieties they trigger, and certain defences against intimacy.

**Keywords:** *Analytic relationship, Symbolization, Analytic field.*

## Referencias

- Aisenstein, M. (2004). O doloroso enigma, enigma da dor. *Revista de Psicanálise da Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre*, 11(1), 35-49.
- Aisenstein, M. y Savvopoulos, S. (2009). Les exigences de la représentation: 70e Congrès des Psychanalystes de Langue Française. Athènes. *Bulletin de la Société Psychanalytique de Paris*, 94, 127-185.
- Andreu, P. (mayo de 2016). *L'èspace, poétiques et perspectives*. Conferencia del 76 Congreso de Psicanalistas de Lengua Francesa, Bruselas.
- Baranger, W. y Baranger, M. (1969a). El “insight” en la situación analítica. En W. Baranger y M. Baranger, *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- Baranger, W. y Baranger, M. (1969b). La situación analítica como campo dinámico. En W. Baranger y M. Baranger, *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- Bauman, Z. (1998). *O mal-estar na pós-modernidade*. Río de Janeiro: Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1997).
- Bauman, Z. (2001). *Modernidade líquida*. Río de Janeiro: Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 2000).
- Bion, W. (1988a). Ataques ao elo de ligação. En W. Bion, *Estudos psicanalíticos revisados*. Imago. Río de Janeiro. (Trabajo original publicado en 1959).
- Bion, W. (1988b). *Elementos de psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé. (Trabajo original publicado en 1963).
- Bion, W. (1991). *Aprendiendo de la experiencia*. México: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962).
- Bion, W. (1992). *Conversando com Bion: Quatro discussões com W. R. Bion-Bion em Nova Iorque e em San Pablo*. Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1980).
- Bion, W. (1993). *Attention and interpretation*. Karnac: Londres. (Trabajo original publicado en 1970).
- Bion, W. (1997). *Taming wild thoughts*. Londres: Karnac.
- Bion, W. (2000). Evidência. *Revista de Psicanálise da Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre*, 7(2). (Trabajo original publicado en 1976).
- Bion, W. (2004). *Transformações-do aprendizado ao crescimento* (P. C. Sandler, trad.). Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1965).
- Bolognini, S. (2005). As feridas de Vilma. *Revista de Psicanálise da Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre*, 12(3) 515-526.
- Bolognini, S. (2008). *A empatia psicanalítica*. San Pablo: Companhia de Freud.
- Bolognini, S. (2015). Vínculos e intimidad. *Revista Peruana de Psicoanálisis*, 16, 11-20.
- Bolognini, S. (21 de mayo de 2016). *The humanizing function of contemporary psychoanalytical empathy*. Sigmund Freud Museum Lecture, Billrothhaus, Viena. Disponible en <https://youtu.be/rjzpA8QZrWk>
- Botella, C. y Botella, S. (2002). *Irrepresentável: Mais além da representação*. Puerto Alegre: Sociedade de Psicologia do Rio Grande do Sul, Criação Humana.
- Cassorla, M. S. R. (2010). Função-alfa implícita do analista, trauma e *enactment* na análise de pacientes *borderlines*. *Livro Anual de Psicanálise*, 24, 61-78.
- Cassorla, M. S. R. (2014). Em busca da simbolização: Sonhando objetos bizarros e objetos iniciais. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 48(1), 141-153.
- Civitaresse, G. (2014). *I sensi e l'inconscio*. Roma: Borla.
- Civitaresse, G. (septiembre de 2015). *O inconsciente inacessível e a rêverie como um caminho para a figurabilidade*. Conferencia presentada en la Sociedad Psicoanalítica de Puerto Alegre, Puerto Alegre.
- Eizirik, C. (2016). Intimità, ciclo vitale e relazione analitica. *Rivista di Psicoanalisi*, 62(2).
- Ferro, A. (1997). *A técnica na psicanálise infantil: A criança e o analista da relação ao campo emocional*. Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1995).
- Ferro, A. (1998). *Na sala de análise-emoções, relatos, transformações*. Río de Janeiro, Imago.
- Ferro, A. (2011). *Viver as emoções, evitar as emoções*. Puerto Alegre: Artm.
- Freud, S. (1969a). A dinâmica da transferência. En J. Strachey (ed.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 12). Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1969b). Fragmentos da análise de um caso de histeria. En J. Strachey (ed.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 7). Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1905).

Freud, S. (1969c). Luto e melancolia. En J. Strachey (ed.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 14). Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1917).

Freud, S. (1969d). O ego e o id. En J. Strachey (ed.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 18). Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1923).

Green, A. (1988). O analista, a simbolização e a ausência no contexto analítico. En A. Green, *Sobre a loucura pessoal* (pp. 36-65). Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1975).

Green, A. (1990). Teoria das representações (coisas e palavras). En A. Green, *Conferências brasileiras de psicanálise de André Green: Metapsicologia dos limites* (pp. 33-62). Río de Janeiro: Imago.

Grotstein, J. S. (2010a). Epilogo. En M. C. Monteiro (trad.), *Um facho de intensa escuridão: o legado de Wilfred Bion à psicanálise/James Grotstein*. Puerto Alegre: Artmed. 2010. (Trabajo original publicado en 2005).

Grotstein, J. S. (2010b). Transidentificação projetiva: Uma extensão do conceito de identificação projetiva. En M. C. Monteiro (trad.), *Um facho de intensa escuridão: O legado de Wilfred Bion à psicanálise/James Grotstein*. Puerto Alegre: Artmed. 2010. (Trabajo original publicado en 2005).

Hartke, R. (25 de julio de 2007). *Repetir, simbolizar e recordar*. Trabajo presentado en el panel ¿El psicoanálisis cura aun mediante la rememoración? del 45 Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, Berlín.

Heimann, P. (1949). *On countertransference*. Paper presentado en el 16 Congreso Internacional Psicoanalítico, Zurich.

Ithier, B. (2016). Contemporary conversations: The arms of the chimeras. *International Journal of Psychoanalysis*, 97, 451-478.

Ithier, B. y Levy, R. (2013). La fonction paternelle dans la scène primitive interprétative. *Revue Française de Psychanalyse*, 5, 1571-1576.

Kant, I. (1999). *Crítica da razão pura*. San Pablo: Nova Cultural. (Trabajo original publicado en 1787).

Klein, M. (1978). Notas sobre alguns mecanismos esquizóides. En M. Klein, *Os progressos da psicanálise*. San Pablo: Jorge Zahar. (Trabajo original publicado en 1946).

Klein, M. (1985). As origens da transferência. En M. Klein, *Inveja e gratidão, e outros trabalhos*. Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1952).

Korbivcher, F. C. (2001). A teoria das transformações e os estados autísticos: Transformações autísticas: uma proposta. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 35(4), 935-958.

Kundera, M. (2006). *La lentitud*. Buenos Aires: Tusquets. (Trabajo original publicado en 1995).

Levine, H. (2012). Criando analistas, criando pacientes de análise. *Livro Anual de Psicanálise*, 26, 207-224.

Levine, H. (2016). *A situação epistemológica fundamental-A realidade psíquica e as limitações da teoria clássica*. Conferencia presentada en la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Río de Janeiro, Río de Janeiro.

Levy, R. (2001). *Do símbolo à simbolização: Uma revisão da evolução teórica e suas repercussões sobre a técnica psicanalítica*. [Monografía]. Sociedad Psicoanalítica de Puerto Alegre, Puerto Alegre.

Levy, R. (2002). Acerca da verdade, do desejo e da virtualidade: As relações com objetos virtuais. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 36(1), 51-65.

Levy, R. (2010). Desejo e prazer: a construção do sujeito pós-moderno-Elogio ao pudor-em defesa de certo mistério. Controvérsias na Psicanálise de Crianças e Adolescentes, 6. (Trabajo original publicado en 2009). Disponible en <http://www.controversiasonline.org.ar/images/stories/PDF/n7-portu-Ruggero.pdf>

Levy, R. (2011). Inconsciente ou inconscientes? *Revista Brasileira de Psicanálise*, 45(2), 73-84.

Levy, R. (2012a). *Dando “pensabilidade” ao impensável: criando “andaimés” ao pensar em adolescentes com transtornos severos*. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 46(3), 78-89.

Levy, R. (2012b). From symbolizing to non-symbolizing within the scope of a link: From dreams to shouts of terror caused by an absent presence. *International Journal of Psychoanalysis*, 93, 837-862.

Levy, R. (2014). De l'ombre de l'objet à l'objet esthétique. *Cahiers de Psychanalyse*, 29.

Levy, R. (2015a). Adolescenza: La riqualficazione simbolica, lo sguardo e l'equilibrio narcisistico. En *La adolescenza e il corpo*.

Levy, R. (2015b). Insight e elaboração. En C. Laks Eizirik, R. Wolf de Aguiar y S. Schestatsky (org.), *Psicoterapia de orientação analítica: Fundamentos teóricos e clínicos/Organizadores*. Puerto Alegre: Artmed.

Levy, R., Keidann, C., Dal Zot, J., Menegat, M. C., Neuhaus, M., Santis, M. F. y Lago, P. (2013). Símbolo e/ou representação: Um mapeamento metapsicológico. *Revista de Psicanálise da Sociedade Psicanalítica de Porto Alegre*, 20(3), 653-677.

- 
- Meltzer, D. (1979). *Os estados sexuais da mente*. Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1973).
- 
- Meltzer, D. (1992). *The Claustrum: An investigation of claustrophobic phenomena*. Perthshire: The Clunie.
- 
- Meltzer, D. (1994). Sincerity: A study in the atmosphere of the human relations. En A. Hahn (ed.), *Sincerity and other works: Collected papers of Donald Meltzer*. Londres: Karnac. (Trabajo original publicado en 1971).
- 
- Meltzer, D. (1995). A Apreensão do Belo. Imago. Rio de Janeiro, 1995. (Trabajo original publicado en 1988).
- 
- Meltzer, D., Albergamo, M., Cohen, E., Greco, A., Harris, M., Maiello, S. et al. (1990). *Metapsicologia ampliada*. Buenos Aires: Spatia. (Trabajo original publicado en 1986).
- 
- Minerbo, M. (1993). Intimidade e formas de intimidade. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 27(2), 223-248.
- 
- Morin, E. (1996). Epistemologia da acomplexidade. En D. Fried Schnitman (org.), *Novos paradigmas, cultura e subjetividade*. Puerto Alegre: Artmed.
- 
- Ogden, T. H. (2003). *Os sujeitos da psicanálise*. San Pablo: Casa do Psicólogo. (Trabajo original publicado en 1994).
- 
- Ogden, T. H. (2009). A new reading of the origins of object-relations theory. En L. Glocer Fiorini, T. Bokanowsky y S. Lewkowicz (ed.), *On Freud's "Mourning and melancholia"* (pp. 123-144). Londres: Karnac. (Trabajo original publicado en 2002).
- 
- Ogden, T. H. (2010). *Esta arte da psicanálise-Sonhando sonhos não sonhados e gritos interrompidos*. Puerto Alegre: Artmed. (Trabajo original publicado en 2005).
- 
- Ogden, T. H. (2012). Sobre três formas de pensar: O pensamento mágico, o pensamento onírico e o pensamento transformativo. *Revista Brasileira de Psicoterapia*, 46, 193-214.
- 
- Paquet, M. (2015). *René Magritte: La pensée visible*. Taschen, Slovakia. (Trabajo original publicado en 1992).
- 
- Petot, J. M. (1991). *Melanie Klein* (vol. 1 y 2). San Pablo: Perspectiva.
- 
- Prigogine, I. (1996). O fim da ciência? En D. Fried Schnitman (org.), *Novos paradigmas, cultura e subjetividade*. Puerto Alegre: Artmed.
- 
- Racker, H. (1960). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- 
- Rocha Barros, E. M. (2002). An essay on dreaming psychical working out and working through. *The International Journal of Psychoanalysis*, 83, 1083.
- 
- Rocha Barros, E. M. y Rocha Barros, E. L. (agosto de 2008). *Reflexões sobre as implicações clínicas do conceito de simbolismo na vida onírica e sua relação com a perlaboração*. Presentado en el Encuentro sobre Meltzer promovido por la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo, San Pablo.
- 
- Rocha Barros, E. M. y Rocha Barros, E. L. (2012). Reflexões críticas sobre os processos intersubjetivos: contratransferência, rêverie e o processo de simbolização. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 46(1), 135-148.
- 
- Rosenfeld, H. (1988). *Impasse e interpretação*. Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1987).
- 
- Roussillon, R. (2013). Las simbolizaciones primarias y secundarias. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 69.
- 
- Ruggiero, I. (2007). Autodestrutividade na adolescência: Entre a repetição e a elaboração. *Revista da Sociedade Psicoanalítica de Porto Alegre*, 14(2), 245.
- 
- Ungar, V. (2000). Transferência e modelo estético. *Psicanálise*, 2(1).
- 
- Winnicott, D. W. (1967). *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires: Hormé. (Trabajo original publicado en 1965).
- 
- Winnicott, D. W. (1975a). La capacidad para estar a solas. En D. W. Winnicott, *Los procesos de maduración en el niño*. Madrid: Laia. (Trabajo original publicado en 1958).
- 
- Winnicott, D. W. (1975b). O papel da mãe e da família no desenvolvimento emocional infantil. En D. W. Winnicott, *O brincar e a realidade*. Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1967).
- 
- Winnicott, D. W. (1975c). Objetos transicionais e fenômenos transicionais. En D. W. Winnicott, *O brincar e a realidade*. Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1951).
- 
- Winnicott, D. W. (1982). Distorção do ego em termos de verdadeiro e falso self. En D. W. Winnicott, *O ambiente e os processos de maturação*. Puerto Alegre: Artmed. (Trabajo original publicado en 1960).